El gallinero

LLTG

Capítulo 1

Debo haber tenido unos 12 años.
Ese día vestía una jardinera de mezclilla azul.
Estábamos de visita en casa de mis abuelas, que en realidad eran mis tres tías abuelas.
Ellas vivían en una "chacra". Una propiedad de varias hectáreas, con muchos árboles, frutas, verduras, un caballo, conejos, un gran parrón, dos enormes camelias y un gallinero.
Mis abuelas se autoabastecían casi por completo.
Una de mis actividades favoritas a esa edad era ir al gallinero, a buscar huevos. Los huevos más ricos que he comido.
Mi abuela Ana les daba flores de clavelón chino a las gallinas, así que la yema era entre naranja y roja.
El comedor era grande, con cuatro puertas. La mesa era muy grande y cabían muchas personas.
Ese día estábamos mis tres abuelas paternas, mi abuela materna, mis padres y mis hermanos.
Tomábamos té, lo que en Chile se llama "onces".
Me levanté de la mesa para ir una vez más al gallinero, mientras todos siguieron disfrutando de la comida y la conversación.
Ahí estaba Simón, el trabajador de mis abuelas. Un hombre que debe haber tenido en esos momentos unos 50. Usaba jeans, ojotas y chupalla.
Esperó unos segundos y me dijo "qué bonita se ve con esa jardinera, pero se vería más bonita si se la sacara"
Algo me incomodó en su sugerencia, y mi instinto me hizo salir de ahí, apurada.
Llegué al comedor, me senté y conté a los demás lo que había pasado.
Los seis adultos se miraron entre ellos y guardaron silencio. Un silencio sepulcral. Nadie se levantó de la mesa con dirección al gallinero.
Y quedó ahí.
Eso fue en los 80, cuando a los niños no nos decían que nuestro cuerpo era sagrado, que nadie debía tocarnos, que no debíamos estar solos con desconocidos ni nada por el estilo.
Y nunca más recordé ese episodio, hasta mis 30 años, en una terapia donde varios recuerdos de ese estilo se vinieron a mi mente. Recuerdos que estuvieron por muchos anos perdidos.
Recuerdos sonde hombres décadas mayores que yo, y hasta de la edad de mi abuelo, me besaron en la boca, me tocaron los pechos infantiles, me mostraron sus genitales.
Gracias a Dios nunca me violaron, pero de una u otra forma fui abusada varias veces.

Pero lo que más me duele es que ese día nadie hubiera montado en cólera y hubiera ido a pegarle a ese hombre, a encararle, a despedirlo del trabajo.
Esa sensación de abandono, de desamparo, de soledad, de despreocupación por parte de los que debieron estar ahí para ayudarme y protegerme me ha acompañado muchas veces.